

Rumiando en

La Carta a los Sardiseños - Apocalipsis 3:1-6

1 Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.

2 Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios.

3 Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.

4 Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas.

5 El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.

6 El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

1) “Ángel” es palabra griega que se traduce por “mensajero”. Se trata del mensajero de una de las congregaciones cerca de la costa de Asia Menor, hoy Turquía, quien, como otros, venía de vez en cuando al apóstol Juan, exiliado en la isla de Patmos, para llevarle provisiones y tener consultas y tiempos de refrigerio con él. Al emprender el viaje de regreso, este hermano se hacía todavía más ‘mensajero’ en que ahora llevaba consigo el mensaje del mismo Señor a su congregación en Sardis.

La palabra “siete” abunda en Apocalipsis más que en cualquier otro libro bíblico: 55x. La expresión de los “7 espíritus” - es decir, los 7 ojos del Cordero inmolado, según 5:6 - define al Espíritu Santo en su obra completa en toda la tierra.

Las “7 estrellas” en la diestra del Señor representan a **todos** los auténticos creyentes (1:20). Todos ellos son los mensajeros de todas las congregaciones en todo tiempo: las incontables estrellas que alumbran en la noche de este mundo (Fil. 2:15-16).

La Cabeza de la iglesia conoce por sus obras a los que son auténticos miembros de su cuerpo, y quienes no lo son. En otras palabras, sabe perfectamente quienes en la congregación están vivos, y quienes están muertos. Cuando son muchos los “profesores muertos”, que pretenden funcionar en una congregación, los “poseedores vivos” - que quedan - ya no pueden funcionar debidamente. Para otros esa iglesia puede tener el nombre de “viva”, pero el Señor pronuncia su veredicto: “¡Estás muerto!”

La situación es comparable con la de las 10 vírgenes (Mt. 25). Cinco tenían aceite, alumbraban y entraron, pero, como en esta carta a los de Sardis, la parábola las reprende. Sí, eran ‘prudentes’, por una parte, pero por otra, cuando el esposo - cual “ladrón en la noche” - cae sobre ellas, ¡no las encuentra ‘velando’!

2) Cada congregación necesita “vigilar” y, cuando el Espíritu Santo está ‘quedando triste’ porque hay hermanos que están “dando lugar al diablo”, ella debe actuar drásticamente por fe. Ese lugar que se da al diablo (Ef. 4:20-32) podría ser el mismo ‘pulpito’; con que la congregación se sitúa en una pendiente hacia abajo. Sus “otras cosas” ya “están para morir” y quedan “imperfectas”, es decir, cada vez son más roídas por los principios de este mundo. Esas “otras cosas” - ahora languideciendo - serían, por ejemplo, el clamar juntos al Señor en la oración, la evangelización fervorosa, el amor entrañable que actúa vivamente entre unos y otros, la falta de discernimiento cuando la ‘falsa doctrina’ busca entrada, etc.

3) No hay más remedio, los hermanos tienen que volver al mismo manantial de vida, y con prontitud; el tiempo apremia. ¿Qué es lo que, en ese manantial, se había ‘recibido y oído’? ¡Nada menos que la Palabra de Vida! Ahora deben acordarse, guardarla y arrepentirse de tal tragedia, la de haberse alejado del único Manantial

(Jer. 2:12-13). Para poder “velar” en la noche, deben rellenar YA el ‘combustible’ de sus ‘lámparas’ y arreglar la ‘mecha’...

A través de los siglos, la llegada del Esposo siempre ha sido anunciada como ‘inminente’, pero con cada año y con cada día que han pasado ya, su llegada se ha hecho *tanto más* inminente.

4) Como en muchas congregaciones, en la de Sardis también, había creyentes-*trigo* y creyentes-*cizaña*. El Señor ya preveía esto en su parábola del sembrador en Mateo 13. En cuanto a los creyentes tipo “cizaña”, ellos son los que nunca llegaron a vestirse “**del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad**” (Ef. 4:24). Son los “naturales” o ‘síquicos’, dice Pablo en 1ª Corintios 2:12-15, donde los menciona en un vivo contraste con los que son “espirituales”. ¿En qué estriba la diferencia? Se puede resumir en la palabra “dependencia”. Los “naturales” para todo dependen de los (pobres) recursos de su propia alma, mientras que los “espirituales” están pendientes de todo lo que el Espíritu Santo les muestre y les dé. De modo que los “naturales” tienen cristianismo, pero los “espirituales” tienen a Cristo. Estos son los que van vestidos de blanco. Pero ¡ajojo!, el Señor habla de ‘manchas’.

Las vestiduras blancas requieren **mucho** cuidado al andar por este planeta...; *pueden* ensuciarse. Y ahí es que surge una ‘tercera clase de creyentes’. Los había en Sardis y los hay en prácticamente cada congregación del planeta, es decir, los “carneles” de 1ª Corintios 3:1-4. Andan en nuevas vestiduras, pero *sin* el cuidado requerido; *sin* esa continua dependencia de la guía del Señor en el andar diario, más bien confiando en su propia habilidad y agilidad. Así, los roces con el ‘lodo cenagoso’ de este mundo se hacen inevitables...

¡El precioso testimonio de Cristo y la dignidad de que habla en esta carta, han quedado empañados! No tuvieron el cuidado, el discernimiento y la voluntad necesarios para mantener su testimonio intachable en un mundo putrefacto.

Por otro lado, Jesús menciona a “**unas pocas personas que no han manchado sus vestiduras**”. Fíjate bien: de los ‘espirituales’ sólo quedan *unos pocos*. Esto nos permite entrever que, evidentemente, la mayoría de los cristianos de Sardis estaban con serias ‘manchas’. Allí van los ‘carneles’ todo mezclados con los ‘naturales’.

Los ‘naturales’ no son más que cristianos profesantes. Obviamente, ellos no están vestidos para el Señor con las vestiduras blancas del creyente. Llevan sus trapos viejos de siempre. “Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia (Is. 64:6). Son los que NUNCA nacieron de nuevo. Su pensar, argumentar y actuar manchan a los creyentes entre ellos...

Las manchas del ‘carnal’ que comprometen la ‘dignidad’ de su Señor hacen que el carnal tendrá que vérselas con Cristo, el Juez, en el Tribunal de Cristo (Ro. 14; 1ª Cor. 3; 2ª Cor. 5; Ap. 22:12).

¿Es posible reconocer con certeza a una persona “nacida de nuevo”? ¿Puede saberse a ciencia cierta si lo que tiene este ‘hermano Fulano’ es VIDA auténtica, vida de ‘trigo’? O, por otra parte, ¿puede discernirse si, con mucha religiosidad, sinceridad, moralidad y buena (o mala) voluntad, esa persona, en reuniones y fuera de ellas, está haciendo el mero ‘papel’ de creyente renacido? La ‘cizaña’ tiene esa habilidad de hacer creer que sea ‘trigo’.

5) Hay tres marcas que el Señor nos da en la Palabra para saber si una conversión es sólo ‘educación’, ‘tradicción’, ‘religión’, ‘emoción’ y ‘ciertas (buenas) convicciones morales’, o si es genuina. Imaginémosnos a un joven creyente que quiere encaminarse hacia el casamiento. Él querrá casarse con una chica que sea muy sincera, muy fiel y que esté bautizada, pero lo que va a necesitar sobre todo es discernimiento espiritual. Puede quedar muy admirado y muy enamorado, pero si a pesar de las impresiones,

ella NO HA NACIDO DE NUEVO..., entonces por muy sincera, fiel y bautizada que sea, él NO puede casarse con ella.

La Palabra dice: **“No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente”** (2ª Corintios 6).

Pero ¿cómo este joven va a tener la seguridad de que ella verdaderamente pertenece a Cristo? El Señor sabe ‘marcar’ a los que son suyos:

Marca nº 1: EXPERIENCIA SOBRENATURAL.

Cada ‘renacido’ ha **experimentado** algo de la realidad de su perdición y gran necesidad, y de la perfecta provisión en la Persona de Cristo. Ha abandonado sus viejos argumentos y actitudes y se ha entregado al Salvador. Su viva experiencia le caracteriza, aunque para cada uno tenga aspectos muy distintos. Suele tener elementos de profunda convicción de la propia indignidad - hasta con repugnancia - pero también se le abren los ojos a la asombrosa revelación del amor de Dios en Cristo.

Hace poco una hojita del calendario de La Buena Semilla tenía este testimonio de una esposa y joven madre, muy fiel en su iglesia, pero que estaba totalmente convencida de su propia ‘dignidad’. Pensaba, sinceramente, que en su vida no había **nada** de que tuviera que arrepentirse, hasta que...,
“de repente tuve una convicción de pecado tan grande que caí de rodillas... El Señor me mostró lo que había en mi corazón: orgullo, envidia, mentira, odio, desprecio... Lloraba por el hecho de haber pensado que era tan buena que no tenía necesidad de perdón. ¡Esta experiencia fue el punto de partida de una nueva vida! El Señor me perdonó y al fin descubrí el amor más puro y verdadero.”

Marca nº 2: FRUTO DE LA NUEVA VIDA.

El Señor es la Vid Verdadera, y los que han nacido de Él, los ‘pámpanos’, llevan su fruto (Jn. 15). Los que se han ‘agregado’ por su cuenta, sin haber ‘nacido’ de la Vid, no llevan, ni pueden llevar fruto alguno. Son cortados y echados al fuego. Cuando no hay fruto, está demostrado que es pámpano falso. En Gálatas 5 están descritas las ‘obras de la carne’, pero también el ‘fruto del espíritu’, y ¡el contraste no podría ser más grande!

En su parábola del sembrador (Mt. 13), Jesús menciona las distintas reacciones de los que oyen el evangelio. La segunda y la tercera reacción parecen muy positivas, pero el Señor las descarta. Son receptores de la Palabra del Reino, ¡pero **no** hay fruto! ¡Cuántos oyentes del evangelio no hacen ‘decisiones’ y ‘aceptan a Jesús’! Y ¡cuántos de ellos nunca manifiestan el fruto de una nueva vida! Así ocurre cuando falta el sincero arrepentimiento que remueve las “piedras” y los “espinos” de que Jesús habla. Quien no produce fruto, no está conectado con La Vid Verdadera.

Cuando muchos “discípulos” de Jesús empezaron a rechazar su palabra, volviendo atrás, Él dijo: **“El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”** (Jn. 6:63).

Marca nº 3: VICTORIA SOBRE LA CARNE, EL MUNDO Y EL DIABLO.

“Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1ª Jn. 5:4-5).

En cada una de sus cartas en Apocalipsis 2 y 3 Jesús nos habla de “vencer”. A los de Sardis aclara que “vencer” es imprescindible para que el creyente

- 1) sea vestido de vestiduras blancas;
- 2) siga con su nombre escrito en el libro de la vida; y
- 3) escuche como su nombre es confesado por Cristo delante de su Padre y de sus ángeles.

¿No dijo Jesús: “**En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo**” (Jn. 16:33)? ¿No dijo el apóstol: “**En todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó**” (Ro. 8:37)? Entonces, aquel ‘cristiano’ que **no** conoce en su vida la victoria de Cristo, más bien sigue amando al mundo y tiene por norma la derrota, ¿no demuestra acaso que **no** pertenece al que venció a Satanás, al mundo y a la carne? El mismo Señor establece que **no será** vestido de vestiduras blancas; su nombre **será** borrado del libro de la vida; y su nombre **no será** confesado por Cristo delante de su Padre y delante de su ángeles.

Tenemos que entender que el criterio es **Vida Nueva** que ha brotado en un **Nuevo Nacimiento** y se manifiesta por **Fruto y Victoria**. Ahora, *antes* del ‘nacimiento’ está la ‘concepción’ de vida, y empieza el período de gestación. Pensemos de nuevo en aquellos terrenos donde la “semilla” de vida fue recibida, hasta con gozo, pero... donde pronto la vida fue ‘**abortada**’.

En Juan 6, “muchos de sus discípulos dijeron: ‘Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?’” Se ofendieron estos supuestos ‘discípulos’ y “volvieron atrás, y ya no andaban con él”. Entonces Pedro dijo de parte de ‘los doce’: “**Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna**”. Pero Jesús sabía que uno de los doce también volvería atrás y se perdería. Estos que vuelven atrás representan los primeros casos tristes de los que, a través de los siglos, crecerían a ser incontables millares; es decir, los que se ‘autoabortan’ antes de nacer a la nueva vida. Son los que ‘aceptan a Jesús’, ‘reciben el evangelio’, pero después de un tiempo corto, o incluso largo, suelen rechazar un verdadero arrepentimiento. Resisten llegar a un auténtico nacimiento espiritual. Hebreos 6 nos enseña que estos ‘cristianos’ “una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo (hasta cierto punto), y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, **y recayeron**”.

Es que “ser iluminado” NO es ser hecho “hijo de luz”; “gustar” NO es “beber”; “participar del Espíritu Santo” NO significa que Él haya hecho morada en el corazón. El Espíritu guía al nuevo nacimiento, para que la persona que le ‘obedece’ (1ª P. 1:2, 22-23) “nazca del espíritu” (Jn. 3:3-8). Quien le resiste y finalmente le rehúsa, recae definitivamente y “es imposible” que los recaídos, “sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio” (Hb. 6).

No tenemos más remedio que recibir esta verdad y entender con ella, que el Señor soberano, cuando ve que una persona recibe la ‘semilla de la Palabra’, **ya escribe, pero provisionalmente**, su nombre en el libro de la vida. Allí este ‘nombre escrito’ ha de ser confirmado definitivamente cuando ‘**nace de nuevo**’, o, cuando últimamente rehúsa seguir y obedecer al Señor en nueva vida, ¡tristemente será ‘borrado’!

6) “¡El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias!”

Como el lector comprenderá, este quinto mensaje del Señor Jesús a las siete congregaciones es de suma importancia para cada congregación cristiana en el día de hoy. Démonos cuenta que ¡todas las congregaciones originales, fundadas por los apóstoles han desaparecido! ¿La causa? ¿Falta de recursos? ¡El gran Manantial nunca dejó de correr con “**ríos de agua viva**”! La falta, después de una o más

generaciones, estribaba más bien en que se dejó de ‘velar’, de tomar en serio las advertencias escritas del Señor y sus apóstoles. Poco a poco el “enemigo que anda sembrando su cizaña en la noche” vino ganando terreno, encontrando a su paso cada vez más apatía, inercia, letargo, superficialidad y falsa doctrina. Luego, cuando ya prevalece la ‘cizaña’ en una congregación, no tardará mucho el momento cuando esa congregación se hunde y desaparece... Sus líderes, llámense como se llamen, sin buscar con mucha oración sus recursos en el Señor y su Palabra, echan mano de cualquier otra cosa, sea filosofía, sicología, retórica, entretenimientos, todo lo que la parroquia de mayormente cizaña quiere oír y experimentar. El Becerro de Oro llega a ser más popular que el **SEÑOR** de Señores.

Volviendo al Manantial, encontramos en Mateo 18 que el Señor introduce el tema de la ‘congregación local’. Enseña sobre la humildad, el amor, el perdón, la oración y la disciplina entre los hermanos de esta familia espiritual. ¿Pero la base de todo?

“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, ¡allí estoy yo en medio de ellos!” (Mt. 18:20). Hoy la actitud en primer lugar sería que con ‘sólo dos o tres’ no hay nada que hacer. En segundo lugar, y más importante, ya **no** se necesita esa presencia espiritual, pero real, de Cristo. Ya se sabe, perfectamente, como ‘llevar’ una reunión (o ‘culto’ como ahora la llama la mayoría). ¡Sí, se puede! Ya no se precisa esa presencia de “la Cabeza de la Iglesia”.

En cambio, nosotros, por la gracia de Dios, ¡seamos como esas “pocas personas en Sardis”; aquellas que siguen velando, a quienes Él guarda de las manchas!

***“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que según su grande misericordia nos hizo renacer para
una esperanza viva,
por la resurrección de Jesucristo de los muertos,
para una herencia incorruptible, incontaminada e
inmarcesible, reservada en los Cielos para vosotros,
que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe,
para alcanzar la salvación que está preparada para
ser manifestada en el tiempo postrero”***

(1ª Pedro 1:3-5).